



Rusia y Ucrania: algunas claves históricas, identitarias y geopolíticas para entender la guerra

Juan Pablo Zabala

Licenciado en Ciencia Política y Relaciones Internacionales (UCALP). Director del Instituto de Análisis Políticos y Electorales (IAPE) de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas (UCALP). Docente e investigador.

Resumen

El presente artículo constituye la primera parte de un trabajo más extenso, en el que intentaremos explicitar algunas claves interpretativas de la guerra entre Rusia y Ucrania a partir del estudio de sus causas, tanto las que surgen del escenario bilateral como del regional y global.

Para cumplir con ese objetivo, buscaremos las principales causas de la guerra desde un abordaje histórico, identitario y geopolítico, desde la Rus de Kiev hasta la implosión soviética en 1991.

Dejaremos para la segunda parte otros factores trascendentales que tienen que ver con las relaciones entre Rusia, Ucrania y Occidente en la Posguerra Fría y en el escenario de guerra actual, donde, además de las causas mencionadas, ahondaremos también en otro tipo de factores más coyunturales para poder interpretar el conflicto.

Palabras clave: Rusia-Ucrania, Occidente, guerra, geopolítica, identidad nacional.

Abstract

This article constitutes the first part of a more extensive work, in which we will try to explain some interpretive keys of the war between Russia and Ukraine from the study of its causes, those that arise from the bilateral scenario, as well as from the regional and global ones.

To meet this objective, we will look for the main causes of the war from a historical, identity and geopolitical approach, from the Kievan Rus to the Soviet implosion in 1991.

We will leave for the second part other transcendental factors that have to do with relations between Russia, Ukraine and the West in the Post-Cold War and in the current war scenario, where, in addi-

tion to the causes mentioned, we will also delve into other types of more circumstantial factors to be able to interpret the conflict.

Keywords: *Russia-Ukraine, West, war, geopolitics, national identity.*

Introducción

El 24 de febrero de 2022, el presidente ruso Vladimir Putin anunció una operación militar especial en Ucrania que tenía como principales objetivos, según sus propias declaraciones, desmilitarizar y desnazificar al país vecino, y proteger a los habitantes de la región separatista prorrusa del Dombás, en guerra desde hace más de ocho años con el Gobierno central ucraniano.

A nadie debería haberle sorprendido la invasión del este ucraniano por parte de Rusia, ya que fue precedido por una serie de advertencias y negociaciones fallidas en los últimos meses, que dejaron en evidencia el rol que jugó cada uno de los actores involucrados; ello derivó en una guerra de gran intensidad y largo alcance, con consecuencias que todavía hoy no podemos llegar a medir con exactitud.

A raíz de lo sucedido, se generó mucha incertidumbre, y se sigue generando todavía hoy luego de ocho meses de guerra, lo cual deja una serie de preguntas que no tienen respuestas certeras y unívocas: ¿Cuáles son los verdaderos objetivos políticos, militares y estratégicos de Moscú? ¿Qué intereses está poniendo en juego el Kremlin en esta guerra? ¿Qué papel está jugando Occidente y qué responsabilidad tuvo en el inicio y la continuidad del conflicto? ¿Cuáles son las cuestiones bilaterales ruso-ucranianas más complejas de resolver? ¿Qué rol tienen la historia y la identidad nacional de ambos países en la guerra? ¿Qué actitud tomarán en invierno los países de la UE, tan dependientes del petróleo y del gas rusos? ¿Qué consecuencias traería para el sistema internacional un triunfo o una derrota de Rusia?

Estas y muchas otras son las preguntas que vamos a intentar abordar en este artículo, que estará dividido en dos partes, tal como explicamos en el resumen.

1. Las relaciones ruso-ucranianas en clave histórica

La historia de Rusia y Ucrania está atravesada por un origen común, por tradiciones que se entrecruzan a lo largo del tiempo, y por «la maldición de la geografía» si se nos permite denominar así a la ubicación geográfica de Ucrania, pivote geopolítico en Eurasia, que constituye, desde tiempos históricos, un límite entre diferentes civilizaciones y una línea de fractura entre distintos imperios.

A lo largo de su historia, Kiev fue objeto de la ambición de grandes imperios y reinos, y su suerte quedó a la deriva de intereses ajenos, que forjaron el destino de Ucrania, cuyo pueblo jugaba muchas veces un rol secundario, como mero espectador de su propio futuro.

Si pudiéramos tomar la historia regional de estos pueblos eslavos y segmentarla en períodos, podríamos hablar de la existencia de cinco etapas diferentes: la Rus de Kiev, la Rusia bajo dominio Mogol, la Rusia moscovita, la Rusia imperial de los Romanov y la Unión Soviética (Zalduendo, 2005).

Podríamos agregar un sexto período, que es el de los Estados nacionales de Rusia y Ucrania en la Posguerra Fría, luego de la implosión soviética.

En toda su historia, hay más momentos compartidos en los que Ucrania y Rusia pertenecieron al mismo Estado que años en los que estuvieron separados. Si sumamos los años en los que Ucrania fue un Estado nacional unificado e independiente, solamente podemos contar 33 años en total.

El origen común del primer Estado reconocido por la historia rusa es el período de la Rus de Kiev hacia el año 860, donde los vikingos tuvieron un papel fundamental en su fundación, y de manera particular los suecos, de donde deriva el nombre de Rus, que viene de la palabra *Ruotsi*, que era la denominación que utilizaban los fineses para referirse a los suecos.

Esta primera Rusia se formó sobre la base de dos grandes centros de población: por un lado, la ciudad de Nóvgorod al norte, junto al lago Ilmen, y por otro, la ciudad de Kiev al sur, sobre el río Dniéper.

Dos ciudades que eran la antítesis, una Nóvgorod más autónoma y dedicada al comercio con la región escandinava, que mira hacia el norte, y una Kiev más religiosa y cultural, donde se puede reconocer la influencia del Imperio bizantino (Sáenz, 2011).

Alrededor de estos dos grandes centros urbanos, fueron surgiendo distintos principados hereditarios hacia el siglo XII, que fueron eclipsando el poderío militar y económico de Kiev, la «madre» de las ciudades rusas.

Entre estos nuevos Estados que se fueron formando, podemos encontrar un primer quiebre civilizacional entre el Principado de Vladimir-Suzdal, que es la cuna de la nacionalidad y del idioma ruso, y el Principado de Galitzia-Volinia, que es reconocido por los ucranianos como el origen de su nación.

Esta fractura civilizacional trajo aparejado grandes consecuencias a partir de la desaparición del Estado kievano, ya que ambas ciudades «recibieron influencias diferentes, lo que determinó la formación de sus etnias, sistemas políticos y económicos» (Granados, 2007, p. 151).

Más allá de esta diferenciación progresiva, había un elemento común homogeneizador entre ambas poblaciones, que es el que aportaba la religión, a partir de la conversión del príncipe Vladimir y su pueblo al Cristianismo ortodoxo en el año 988, atraído, sobre todo, por «la estética de su liturgia, no por el aspecto racional de su teología» (Billington, 2011, p. 32).

Cuando los mongoles invadieron todo el territorio que había pertenecido al Estado kievano hacia 1240, los Principados ya estaban en una guerra civil y de conquista generalizada entre ellos, lo que contribuyó, en gran medida, para que el Imperio mogol pueda establecer su dominio sobre todo este vasto territorio, aunque con diferente éxito en cuanto a su resultado.

La penetración mongola fue mucho más efectiva y sus efectos más duraderos desde el aspecto político y militar en el Principado de Vladimir-Suzdal que en el Principado de Galitzia-Volinia, que tenía una ubicación geográfica más lejana y reinos importantes alrededor de sus fronteras, los cuales colaboraron en la resistencia contra el invasor.

En 1340 Polonia invadió el territorio de Galitzia y lo terminó incorporando de manera permanente a la civilización occidental, aunque respetando al principio la religión ortodoxa y las tradiciones de su pueblo dentro de la Mancomunidad polaco-lituana.

Esta situación se respetó, por lo menos, hasta la Unión de Brest de 1596, mediante la cual el idioma polaco y el catolicismo pasaron a ser dominantes en el seno de la conversa nobleza rutena, lo que consolidó el sentido de pertenencia de la región del oeste del actual Estado ucraniano a la civilización occidental.

Por esta misma época, en los primeros años del siglo XVII, se produce en Moscú un período de inestabilidad política interna que quiso ser aprovechada por Polonia: asaltó la ciudad durante 1605 y 1610, e incluso la llegó a sitiar en 1618, cinco años después del comienzo de la dinastía Romanov, con la que empieza a superarse de manera paulatina la «Era de Turbulencias», como habitualmente llaman los historiadores a este período de la historia rusa.

Este conflicto con Polonia representó el primer choque frontal de Rusia con las ideas y la cultura occidental. Al decir de Billington, «este poderoso vecino occidental era prácticamente la antítesis cultural total de Moscovia. La unión polaco-lituana era una desmadejada república más que una autocracia monolítica [...]. Polonia estaba dominada por el racionalismo latino y una estilizada literatura renacentista» (Billington, 2011, p. 162).

En el año 1648, se produjo el levantamiento del campesinado ucraniano comandada por el cosaco Bogdán Jmelnitski contra la opresión de la alta nobleza polaca; ello instauró el Hetmanato, que duró hasta 1775 y gozó de una soberanía efímera, ya que, a los pocos años de existencia, tuvo que recurrir a diferentes alianzas con el Estado moscovita y el Reino de Suecia para defenderse de las amenazas de la Mancomunidad polaco-lituana y del Imperio otomano.

El Hetmanato cosaco se convirtió en el campo de batalla entre rivalidades imperiales, por lo que se fue dividiendo territorialmente y perdiendo su autonomía de manera progresiva en favor, sobre todo, de Moscú.

En 1686, y como consecuencia de la firma del Tratado de la «Paz Eterna» entre el Zarato ruso y la Mancomunidad polaco-lituana, las ciudades de Smolensk, Kiev, Zaporizhia, Chernígov y territorios de alrededores pasaron a formar parte de Rusia, mientras que la parte occidental de Ucrania quedó bajo el dominio de Polonia.

Una vez más, el territorio ucraniano quedaba dividido en dos por los intereses territoriales de los estados vecinos, que se aliaron para contener el expansionismo turco-otomano, que, tres años antes, había tocado a la puerta de Europa y había llegado hasta Viena.

A partir de ese momento, y bajo el zar Pedro I, el Imperio zarista de los Romanov comenzó a implementar una política cultural de rusificación en las poblaciones ucranianas, pero que no fue ni sistemática ni agresiva si la comparamos con la realizada por Stalin en el siglo xx.

El primer paso en esa campaña de rusificación fue la promulgación de un decreto en 1720 que prohibía la difusión del idioma ucraniano en los escritos teológicos; a partir de aquel, surgió un proceso paralelo de difusión del idioma ruso a través del sistema educativo imperial, junto con un control cada vez más estricto y prohibitivo de la utilización del idioma nacional ucraniano.

Otro de los instrumentos de los que se valió el zar fue la emigración masiva y forzada de los pobladores originales de las ciudades ucranianas, principalmente para trabajar en San Petersburgo, Siberia o en ciudades alrededor del mar Caspio.

Un aspecto por destacar también es que «en 1721 el Zar trasladó la dirección del Hetmanato del Ministerio de Asuntos Exteriores al Senado» (Granados, 2007, p. 152), una demostración poderosa y simbólica de la anulación total de la autonomía del Estado ucraniano, completada por la «abolición de los permisos especiales que los habitantes del Hetmanato tenían para viajar al extranjero» (Granados, 2007, p. 153).

Como producto de la «desaparición» de Polonia hacia fines del siglo xviii, que sufrió tres particiones de su territorio en 1772, 1793 y 1795, entre el Imperio ruso, el Imperio austríaco de los Habsburgos y el Reino de Prusia, el territorio de la actual Ucrania quedó dividido también.

La parte occidental de la Ucrania actual, comprendida por las regiones de Galitzia, Transcarpatia y Bukovyna, quedó bajo dominio de los Habsburgos, quienes no implementaron una política de asimilación cultural importante, y, a raíz de una serie de reformas sociales realizadas entre fines del siglo xviii y principios del siglo xix, otorgaron libertades religiosas y educativas que terminaron favoreciendo la formación de una élite culta y nacionalista en la región de Galitzia, lo cual permitió que se consolidara por primera vez el reconocimiento de una identidad nacional ucraniana.

Por su parte, y bajo el gobierno de la zarina Catalina II, Rusia se expandió hacia la región del Cáucaso, y hacia el sur de la actual República de Ucrania, en dirección al mar Negro y al mar de Azov, siempre a expensas del Imperio otomano, que terminó sufriendo una gran humillación en 1783 cuando los rusos anexionaron la península de Crimea.

Esta anexión fue inestable para el Imperio ruso desde sus comienzos porque tanto los nobles tártaros como los musulmanes no solo no quisieron convertirse al cristianismo para integrar el gobierno local, tal como le ofrecieron los rusos, sino que muchos de ellos organizaron revueltas contra el zar y le seguían siendo fieles al emperador otomano.

Para rusificar a los más de trescientos mil nuevos súbditos incorporados por el zar en Crimea, se tomaron las mismas medidas que con los campesinos ucranianos: deportaciones masivas, traslados forzosos, fomento de la emigración, confiscación de tierras, imposición de nuevos tributos, amenazas, políticas idiomáticas agresivas, etc.

Los resultados de estas políticas de rusificación fueron muy efectivos en el corto plazo. Así lo demuestra con algunas estadísticas el historiador Orlando Figes, «en 1800, casi un tercio de la población tártara de Crimea, alrededor de 100.000 personas, había emigrado al Imperio Otomano, y otras 10.000 personas se marcharon después de la guerra ruso-turca de 1806-1812» (Figes, 2012, p. 60).

Este descenso demográfico en Crimea fue revertido por una política de colonización de pobladores rusos, y de otros pueblos eslavos durante la primera mitad del siglo XIX.

La política expansionista de Rusia hacia el sur estaba muy vinculada con los intereses religiosos de los zares rusos, que tenían la pretensión de erigirse en «protectores» de los pueblos cristianos, y embarcarse en una cruzada religiosa contra los musulmanes otomanos.

De hecho, con ese sentido religioso, también podemos comprender la importancia de la anexión de Crimea para Rusia, porque, más allá de su importancia por la ubicación geográfica estratégica que tenía, los rusos creían que Crimea era un lugar sagrado, pues, según algunas antiguas crónicas, en la ciudad de Quersonesos, al sudoeste de la península, se produjo la conversión al cristianismo ortodoxo del pueblo ruso con el bautismo del príncipe Vladimir en el año 988.

Crimea fue centro de varias guerras y disputas territoriales entre el Imperio ruso y el Imperio otomano, con resultados diversos. Pero hay dos hechos sustanciales que son «muy caros» para la identidad nacional rusa, y que persisten hasta la hoy con gran intensidad: la guerra de Crimea (1854-1856) y el traspaso de Crimea a la República Socialista Soviética de Ucrania, decretada por Kruschev en 1954.

La guerra de Crimea constituyó el primer gran conflicto continental luego de las guerras napoleónicas. Enfrentó al Imperio ruso contra una coalición heterogénea encabezada por el Imperio otomano junto a Gran Bretaña, Francia y Piamonte-Cerdeña.

Dos interpretaciones cruzadas podemos encontrar sobre las causas de la guerra en la historiografía occidental. Por un lado, la visión tradicional en Occidente que sostienen que la guerra de Crimea fue provocada por el expansionismo ruso hacia los Balcanes (Renouvin, 1998; Duroselle, 1974; Kissinger, 2001), visión que esconde, de manera un tanto hipócrita, los intereses de las potencias que participaron en la alianza que claramente era antirrusa.

Nadie puede negar que la intención de Gran Bretaña y uno de sus principales objetivos a la hora de ayudar a los turcos era debilitar a los rusos, quienes eran sus rivales imperiales en el «Gran Juego» de Asia Central.

Francia, la otra potencia de Europa occidental en esa alianza, necesitaba un éxito exterior para salir del aislamiento en el que se encontraba en el escenario internacional como consecuencia de las guerras napoleónicas, y para empezar a recuperar influencia y prestigio en el continente.

Algo que está fuera de discusión es que la principal responsabilidad en la guerra la tuvo el zar Nicolás I, que quiso aprovechar la debilidad del Imperio otomano, el «enfermo de Europa» según su propia definición, y apoyar a los nacionalismos que estaban realizando revueltas en su interior.

Pero Rusia no fue el único que sintió la «obligación» de controlar el colapso del Imperio otomano para poder recoger las migajas territoriales que iba dejando a medida que su decadencia se hacía irreversible: Gran Bretaña, Austria y Prusia también tenían intereses creados sobre su territorio.

Desde la historiografía nacionalista rusa encabezada por los eslavófilos Pogodin y Ustryalov, e incluso desde la postura de muchos intelectuales católico-traditionalistas europeos, la guerra de Crimea se percibió como el primer síntoma manifiesto de la rusofobia occidental, que incluso perdura hasta nuestros días.

Muchos intelectuales compartían la visión del propio zar, y veían «la cuestión oriental» previa y la propia guerra como una cruzada religiosa contra los musulmanes, como una liberación del último reducto musulmán en Europa (Donoso Cortés, 1834; Cil i Borés, 1853; Dostoievski, 2010; Soloviev, 2009).

Orlando Figes, utilizando fuentes documentales de todos los países involucrados en la guerra, también coincide en que Crimea tuvo el carácter de una última cruzada contra los musulmanes, y que constituyó la primera guerra moderna. Incluso es crítico con los historiadores que subestiman las causas religiosas del conflicto, al no tener en cuenta el importante papel que jugó la disputa en Tierra Santa por el Santo Sepulcro y la Iglesia de la Natividad de Belén, «pese a que ese incidente fue el punto de partida (y para el Zar, razón insuficiente) del estallido de la Guerra de Crimea» (Figes, 2012, p. 24).

Esta guerra significó una humillación para los rusos y un resentimiento cada vez más creciente hacia Occidente. Con el paso de los años, sobre todo desde las últimas décadas del siglo XIX, se empezó a conmemorar la guerra y a los héroes populares, principalmente a los que resistieron durante once meses en el sitio de Sebastopol, que pasaron a formar parte de la memoria colectiva y de la reafirmación de la identidad nacional rusa.

La Unión Soviética: entre el internacionalismo y los nacionalismos

El Imperio de los zares era considerado la «prisión de los pueblos», y Lenin «abrió las celdas». Por lo menos, eso es lo que nos dice una parte importante de la historiografía. Pero nunca la historia es tan simple.

Lo verdadero es que, desde comienzos del siglo XIX, muchos de los pueblos dominados por Rusia empezaron a resentir de su dominación, aprovechando los signos de debilidad del Imperio zarista.

El genio de Lenin consistió en haber comprendido la amplitud de esta voluntad de emancipación nacional, que nada tenía que ver con la clase obrera, que en Rusia era poco numerosa, apenas 3 millones de los más de 140 millones de habitantes que había en 1917 (Service, 2010).

Lenin instó a los pueblos a sublevarse al Imperio, pero no porque le hubiera interesado la suerte de esas poblaciones, ya que le era indiferente su futuro, sino porque era necesario manipularlos para cumplir con los objetivos revolucionarios.

De hecho, la oposición manifiesta de los pueblos periféricos del Imperio al bolchevismo se ve reflejada en la Conferencia de los Pueblos Dominados del Oriente en Bakú, organizada por el Komintern en septiembre de 1920, donde se llega a la conclusión de que «los pueblos dominados no quieren ser más instrumentos de los bolcheviques, tropas de refuerzo de la revolución europea, sino que pretenden ser dueños de sus destinos y actuar por cuenta propia» (Carrère d'Encausse, 1982, p. 19).

Estos pueblos estaban buscando la independencia nacional y no estaban pensando en la lucha de clases. El marxismo era para ellos, principalmente, un instrumento de liberación nacional, como lo fue para cada movimiento independentista de África en los años cincuenta y sesenta del siglo xx.

El gran dilema para Lenin era cómo hacer para reconstruir un estado fuerte, aprovechar los recursos naturales de las diferentes regiones del extinto Imperio ruso, entre ellos el trigo y el hierro ucraniano, pero sin la apariencia de estar realizando una recomposición imperial nuevamente bajo el dominio ruso.

La solución a ese dilema fue la conformación de una federación, surgida a partir de la firma de tratados bilaterales entre la República Socialista Federativa Soviética de Rusia con el resto de las repúblicas. Fue la única manera que encontró Lenin de contener las fuerzas nacionales centrífugas, a pesar de que nunca estuvo de acuerdo con esa idea antes de la Revolución, porque consideraba que una organización de ese tipo tendía a acentuar las diferencias nacionales, algo que iba en contra de su pretendido internacionalismo e igualitarismo.

Este principio de igualdad y las facultades republicanas que mantenía cada nación no se respetaron en la práctica por Moscú. Varios de estos tratados no fueron realizados de manera libre y voluntaria por las repúblicas, ya que muchos se firmaron luego de presiones económicas, políticas y militares combinadas.

Finalmente, el 30 de diciembre de 1922, se aprobó el tratado sobre la formación de la URSS, concluido entre la República Socialista Federativa Soviética Rusa y las Repúblicas Socialistas Soviéticas de Ucrania, Bielorrusia y Transcaucasia.

Las Repúblicas son iguales de derecho, unidas por la sola voluntad de vivir en común, libres para separarse en cualquier momento. Por lo menos, esa era la formalidad de la norma, porque la experiencia de la Georgia menchevique nos indica lo contrario.

Junto con esta igualdad, se implementó una política de promoción de las culturas y lenguas nacionales, y de formación de cuadros dirigentes locales. El objetivo de este tipo de política fue doble: por un lado combatir los resentimientos nacionales, y, por otro, la necesidad de contar con nuevos cuadros dirigentes que reemplazaran a la vieja élite imperial (Carrère d'Encausse, 1982).

Este federalismo de igualdad política y cultural de los años veinte, basado en la «amistad de los pueblos» tal como quería Lenin, se modificó sustancialmente en los años treinta, a partir de la consolidación de Stalin en el poder y de la dictadura del PCUS, que reemplazó a la utópica «dictadura del proletariado». La educación fue reemplazada por la violencia, y quienes más la padecieron bajo el régimen del terror stalinista fueron los ucranianos.

Stalin comenzó a realizar purgas sistemáticas de las elites nacionales surgidas en los años veinte, por haber resucitado el sentimiento nacionalista en la URSS. Otro de los grandes crímenes cometidos por Stalin en los años treinta está relacionado con las grandes hambrunas provocadas por la colectivización forzada, el Holodomor ucraniano, un genocidio deliberado que terminó con la vida de millones de personas.

A comienzos de los años cuarenta, las consecuencias de las purgas fueron claras: Stalin logró introducir una nueva élite que encarnó una nueva concepción de las relaciones entre las naciones de la URSS, una concepción claramente no igualitaria inspirada en el pasado imperial ruso. Evidentemente, en nombre de «la igualdad de clases», se terminó reconstruyendo «la cárcel de los pueblos» en todo el territorio soviético.

La campaña de rusificación introducida por Stalin, a diferencia de la política de asimilación cultural del zarismo, fue muy profunda y agresiva, comenzando por la imposición del alfabeto cirílico y la difusión masiva del idioma ruso como oficial en todas las repúblicas soviéticas.

Se empieza a revisar la historia, y surge un proceso de redescubrimiento por parte de los historiadores oficiales del régimen, sobre el papel histórico que jugaron los zares que unificaron las tierras rusas. Como señala Hubeňak, «siguiendo las directivas impartidas por el “nuevo amo” del Kremlin los historiadores se dedicaron a reescribir la historia rusa exaltando el papel del príncipe y santo Alexander Nevskiy, “defensor de la santa tierra”, de Iván III e Iván IV...» (Hubeňak, 2011, p. 238).

También rescatan la importancia de la Iglesia ortodoxa como continuadora natural de la civilización bizantina. Al respecto, Raymond Aron sostiene que a Stalin le sirve la reivindicación del papel histórico de la Iglesia ortodoxa porque «rinde en realidad un buen servicio al imperialismo soviético por su supremacía sobre las iglesias orientales» (Aron, 1973, p. 147).

Al mismo tiempo, se subraya la desigualdad persistente entre las naciones, exaltando el peso y los pergaminos históricos y culturales de Rusia dentro de la URSS; a tal punto que Stalin proclama en la Constitución de 1936 que la URSS es el heredero histórico y territorial del Imperio ruso, lo cual deja de manifiesto la continuidad entre el Estado zarista y el comunista.

Durante los años cuarenta, y al calor de la Segunda Guerra Mundial, Stalin apeló a la memoria nacional rusa y a las tradiciones nacionales para reforzar la moral del pueblo en la lucha contra el nazismo invasor. En ese contexto, la campaña de rusificación en las naciones periféricas de la URSS se intensificó y el nacionalismo ruso fue llevado al extremo. En repúblicas como la de Ucrania, por ejemplo, tanto el primer secretario del Partido Comunista como el presidente del Gobierno, sus principales funcionarios y el jefe de policía eran siempre de nacionalidad rusa.

Igualmente, tal como sostiene Robert Service, «la versión de Stalin de la identidad nacional rusa era una mezcla tan peculiar de tradiciones que era prácticamente una invención suya» (Service, 2010, p. 300).

Aunque esa renovación historiográfica, con la rehabilitación del zarismo y la identidad nacional rusa que trajo aparejada, terminó planteando un gran dilema en las historias nacionales de las repúblicas periféricas dentro de la URSS, ya que muchos pueblos que vivían dentro de las fronteras del Imperio ruso entendieron que sus antepasados terminaron optando por la asimilación cultural que proponía —y, en algunos casos, imponía— el zarismo, porque era la mejor opción colonizadora.

La otra alternativa posible la constituía el Imperio otomano, que intentó disolver las identidades nacionales de los territorios que conquistó, tal como ocurrió por ejemplo con los tártaros de Crimea, o incluso «borrarlos del mapa», como sucedió con el genocidio armenio de 1915.

En plena Segunda Guerra Mundial, con el avance del Ejército Rojo sobre Europa Oriental, la URSS terminó invadiendo y conquistando las regiones de Bukovina del Norte y Galitzia, unificando todos los territorios ucranianos dentro de un mismo Estado, por lo menos desde el siglo xvii. Este hecho logró que «por primera vez en Ucrania existieran tradiciones e ideas políticas y económicas diferentes y que apareciera dentro de la entonces república soviética una fractura civilizacional» (Granados, 2007, p. 154).

Con la incorporación al Imperio soviético de estas dos nuevas regiones del oeste ucraniano, se introduce un nuevo problema para el Kremlin: cómo llevar adelante una política cultural de rusificación exitosa en dos regiones que gozaron de mayores libertades en el Imperio austro-húngaro en su momento, lo que le permitió desarrollar una identidad y unas tradiciones nacionales muy firmes.

Ante el fracaso de todos los intentos de asimilación cultural de estas regiones, Stalin respondió con violencia y con nuevas oleadas de deportaciones masivas, acusando a los ucranianos de colaboracionistas con el régimen nazi. En este punto, tenemos que resaltar que, en la Segunda Guerra Mundial, la ideología ocupó un papel preponderante, y que, en muchos casos, como para el pueblo ucraniano, la guerra significaba también una liberación nacional.

Las políticas represivas del comunismo stalinista hacia las naciones no rusas de la URSS lograron que, en muchas de ellas, resurgieran un nacionalismo extremo y movimientos nacionalistas que buscaban la independencia, los cuales, en algunos casos, como en Ucrania, se vincularon a las ideas del nazismo; tal lo sucedido, por ejemplo, con la Organización de Nacionalistas Ucranianos, creada en 1929.

Con la muerte de Stalin en 1953, y el consiguiente proceso de desestalinización llevado adelante por su sucesor Nikita Krushev, se empezaron a redefinir las relaciones entre las repúblicas integrantes de la URSS.

Krushev intentó revertir en parte el proceso de rusificación forzada de Stalin, tratando de reducir las desigualdades existentes entre las diferentes naciones. En ese intento, se liberalizaron

muchos derechos culturales y tradiciones nacionales en las repúblicas soviéticas, e incluso se rehabilitaron a los pueblos deportados para que pudieran volver a habitar sus territorios de origen (Zubok, 2008).

Pero, tal vez, el mayor gesto de reconciliación con las naciones dentro de la URSS lo haya constituido la transferencia de la península de Crimea, que pertenecía a Rusia desde su anexión por Catalina II en 1783, a la República Socialista Federativa de Ucrania en 1954.

La argumentación oficial ofrecida estaba relacionada con cuestiones geográficas y logísticas de transporte. Aunque, sobre los motivos de Kruschev para tomar esta decisión, seguramente, haya influenciado el hecho de que fue secretario del Partido Comunista de Ucrania entre 1938 y 1949, y conocía los sufrimientos que habían padecido los ucranianos por las políticas represivas y de disolución de su identidad nacional por parte de Stalin. Además, muchos de los asesores políticos de Kruschev en el Kremlin eran ucranianos o habían trabajado en Ucrania junto a él.

Como señala Service: «los controles educativos y culturales se relajaron en cierta medida y la inclusión de Crimea en el marco administrativo de Ucrania era una señal de la buena voluntad del Kremlin» (Service, 2005, p. 44).

Incluso algunos miembros del Politburó encabezados por Nikolai Podgorni, que había sido secretario del Partido Comunista ucraniano entre 1949 y 1963 en reemplazo de Kruschev, propusieron modificar aún más las fronteras entre las repúblicas soviéticas y volver a cambiar el mapa transfiriendo más territorios rusos a Ucrania, como la región de Stavropol, ubicada al este de Crimea; no obstante, finalmente, se rechazó porque consideraron que eran demasiadas concesiones y que no iban a ser bien tomadas por la opinión pública rusa.

A partir de 1954, se comenzó a «ucranizar» la cúpula del poder soviético, que empezó a estar integrada por hombres de nacionalidad ucraniana o que estuvieron trabajando en el gobierno ucraniano. Este fenómeno continuó con la llegada de Breznev al Kremlin. Ello permitió que, de manera progresiva en las décadas de los sesenta y setenta, hayan surgido intelectuales nacionalistas ucranianos que plantearon la necesidad de que Ucrania tenga un papel cada vez más importante en las decisiones del Kremlin, y que se pudieran obtener cada vez más libertades a fin de gozar de derechos culturales y nacionales para el pueblo ucraniano.

Esta grieta abierta por los intelectuales ucranianos se agudizó a causa de una crisis política generada en 1972 por Pedro Chelest, secretario del Partido Comunista de Ucrania desde 1963 en reemplazo de Podgorni. Chelest empezó a tomar una serie de medidas que llamaron la atención de la cúpula del poder soviético. Se opuso al envío a Ucrania de dirigentes que no fueran de nacionalidad ucraniana, dejó libertad a las críticas sobre la explotación económica del poder central a la República ucraniana, fomentó la publicación de libros en idioma ucraniano, entre otras actitudes que comenzaron a sonar como una alarma en el Kremlin.

Sin embargo, como reconoce Carrère d'Encausse, a Chelest lo tenían como un político prudente, pero eso cambió cuando publicó el libro *Nuestra Ucrania soviética* en 1970, porque en él se

glorifica y se reconoce la historia y cultura de Ucrania, y se constata que su marco histórico pasado y su presente es el de un Estado nacional (Carrère d'Encausse, 1982).

Desde ese momento, el nacionalismo ucraniano no paró de desarrollarse, y tuvo que luchar contra la rusificación idiomática principalmente, que fue el campo donde menos resultados obtuvo, tal vez por la similitud entre ambas lenguas o por la necesidad de hablar el idioma ruso para ascender en la escala social y para tener mayores posibilidades de emprender una carrera política prometedora dentro del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS). Carrère d'Encausse lo explica en estos términos: «posiblemente, porque creen que su capacidad de resistir lingüísticamente es limitada, los ucranios se identifican potentemente con la defensa de su historia, dando a su sentimiento nacional una dimensión étnico-territorial más allá de las fronteras soviéticas» (Carrère d'Encausse; 1982, p. 186).

Tenemos en el desarrollo del nacionalismo ucraniano una paradoja importante, ya que creció de manera exponencial, a diferencia de la mayoría de los movimientos nacionalistas en el mundo, en general, y en la URSS, en particular, sin tener como principal herramienta de nacionalización a la lengua nacional.

3. La implosión de la URSS y el nacimiento del Estado nacional ucraniano

No tenemos la pretensión de analizar en este artículo todas las causas en profundidad de la disolución del Imperio soviético porque no es el objetivo principal de nuestro trabajo, pero sí tenemos que subrayar una referencia ineludible al papel que jugaron en esa implosión las reformas sociales, políticas y económicas de Gorbachov a partir de la implementación de la Perestroika y la Glasnost.

Gorbachov intentó volver al internacionalismo de Lenin y Kruschchev, pero de una forma muy particular, apelando a la «Casa Común Europea» como una forma de relacionamiento no conflictivo con Europa a partir de problemas y valores comunes. Esto permitió que se convirtiera en un líder europeo, admirado en todo Occidente; no obstante, por la misma razón, tal vez, nunca pudo consolidarse como un líder soviético.

Esta política exterior de «buena vecindad», sumada a la progresiva liberalización de los controles del PCUS sobre la sociedad soviética y sus estados satélites, fue parte fundamental de las reformas que terminaron debilitando la estructura del Imperio.

Seguramente, también hay varias causas externas dignas de mención para poder explicar la disolución de la URSS. Por ejemplo, el rol que jugaron Estados Unidos y Reagan a partir del lanzamiento hollywoodense de la «Guerra de las Galaxias», como se llamó oportunamente a la Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE) que obligó a Moscú a intensificar una carrera armamentística en una nueva fase de Guerra Fría, para la que su economía ya no estaba preparada, o incluso el papel

fundamental que jugó el propio Papa Juan Pablo II con su diplomacia vaticana en Europa oriental, en general, y en su Polonia natal, en particular, por mencionar otro ejemplo.

Sin ánimo de negar la importancia de los factores externos e internos mencionados, creemos que no podemos subestimar la gran influencia que tuvo en la caída de la Unión Soviética la «Revolución de los Historiadores», encabezada por Yuri Afanasiev, que obviamente fue posible, en parte, gracias a las reformas de Gorbachov. Con esta revisión de la historia, fueron cayendo los dioses comunistas uno a uno: Stalin, Lenin y Marx, en ese orden cronológico.

El PCUS dejó de tener el control monopólico de la historia de la URSS. Por lo tanto, según Mires:

... el Partido debía buscar su legitimidad fuera de la historia. Y la única alternativa era buscarla en la política. Pero en la URSS la política había estado siempre ligada a la historia. [...] por eso la pérdida del monopolio sobre la historia significaba, ni más ni menos, la desaparición del PCUS. El PCUS era la historia. (Mires, 2005, p. 59)

Comenzó a quedar claro para las nomenclaturas nacionales, fuera de Moscú, que, desde el momento en que el Partido había perdido el monopolio de la interpretación de la historia, el propio espacio de la URSS debía ser reorganizado. «A partir de ahí se reveló la realidad que muchos soviéticos no querían aceptar: que la URSS no era una Unión de Repúblicas, sino un Imperio Colonial: el último imperio colonial del siglo xx» (Simon, 1990, p. 90).

Ante este escenario, el papel jugado por el primer presidente ucraniano, Kravchuk, en la disolución de la URSS fue fundamental al convocar a un referéndum de autodeterminación nacional celebrado el 1 de diciembre de 1991, que arrojó que el 90,6 % de los ucranianos querían independizarse. Fue el golpe final contra la URSS, y lo que terminó alentando al presidente ruso Yeltsin a convocar una reunión en Belavezha el 8 de diciembre de ese año.

En esa reunión, en la que participaron los tres líderes nacionales de los pueblos eslavos de Rusia, Ucrania y Bielorrusia, se firmó el acta de defunción de la Unión Soviética, y nacieron de su seno quince nuevas repúblicas a partir de la disolución imperial. Dado ese contexto, los ucranianos no se plantearon formar parte de Rusia, porque nunca fueron parte integrante de un Estado nacional ruso —más allá de la historia y la cultura que los hermana—, sino de dos imperios multinacionales: el zarista y el soviético.

Rusia regresaba, así, a las fronteras de 1620, algo que ya había ocurrido por un breve interregno de tiempo luego de la Revolución de 1917, aunque, como ya vimos, los bolcheviques reconstruyeron el imperio en poco tiempo. Como sostiene Meyer, «en 1992 no tuvieron herederos para repetir la hazaña» (Meyer, 2007, p. 453).

Para entender cabalmente el significado de lo que fue la desintegración del Imperio soviético en términos geopolíticos, necesitamos entender la importancia del factor territorial para Rusia a lo largo de su historia, que, como sostiene uno de los principales geopolitólogos argentinos de la

actualidad, Alberto Hutschenreuter, «ha sido un factor excluyente de la supervivencia y el poderío nacional zaro-soviético» (Hutschenreuter, 2011, p. 144).

A partir de la decadencia de la ideología comunista como carta identitaria dentro y fuera de lo que fue la URSS, se puso en crisis —por lo menos de forma temporaria— la cosmovisión comunista como metarrelato capaz de dar respuestas a los sentidos de la concepción del mundo y del hombre. La Guerra Fría había terminado con el triunfo pacífico del capitalismo occidental.

Por eso, resurgieron en todo el mundo, y en particular en el espacio soviético, viejas identidades ancestrales, microrrelatos como explicación de la realidad, alejados totalmente de la identidad ideológica comunista: se rehabilitaron las naciones y las religiones como «fuerzas profundas» de los pueblos, por utilizar el concepto que introdujo Renouvin (1998) en la historia de las relaciones internacionales.

Una vez disuelta de manera temporal la identidad comunista, las naciones soviéticas buscaron recuperar las culturas previas a la formación de la URSS, pero muchas se encontraron con el inconveniente de que muchos idiomas, tradiciones y símbolos nacionales habían sido olvidados por las agresivas políticas de rusificación implementadas, principalmente, por Stalin en esas naciones.

En las repúblicas postsoviéticas, donde las tradiciones y símbolos nacionales eran solo un recuerdo lejano y distorsionado, no les quedó otra alternativa que inventarlos a partir de algunos elementos nacionales preexistentes.

Para crear sus Estados de forma independiente y proyectarse de manera histórica como nación, tuvieron que intentar revertir el proceso de rusificación, a partir de políticas culturales e idiomáticas de afirmación de la nacionalidad en todas las repúblicas recién independizadas. La mejor forma que encontraron las clases dirigentes nacionales de hacerlo con éxito fue recurrir a la oposición con Rusia, lo que trajo aparejado graves problemas (hoy visibles con la guerra en Ucrania), por los más de veinticinco millones de ciudadanos rusos que en 1992 quedaron viviendo en el extranjero y fueron objeto de discriminación por su condición nacional.

Conclusiones parciales

Como ya mencionamos, nuestra intención en esta primera parte del artículo fue realizar un breve recorrido por la historia, la geopolítica y la identidad nacional de Rusia y Ucrania, para poder entender algunas claves sobre las causas del inicio de la guerra, sin pretender agotar con ello otras perspectivas interpretativas sobre este conflicto.

No ahondamos en la coyuntura de la guerra, que cada día nos brinda noticias de todo tipo —incluidas las operaciones de prensa y la propaganda— a un lado y otro de la frontera ruso-ucrainiana, lo que hace más dificultoso poder entender los objetivos de cada contendiente y el rol que juegan otros actores internacionales en el conflicto.

La forma más certera, según nuestra opinión, de analizar esta guerra es intentar abstraerse un poco de la coyuntura, tomar distancia de los sucesos del campo de batalla y de las pasiones que desata en todo el mundo, para poder abordar las causas profundas del conflicto desde una perspectiva de largo plazo, desde un proceso estructural, a partir de elementos preexistentes que nos ayudan a entender las motivaciones, intereses y percepciones de cada uno de los actores involucrados.

En este sentido, nos pareció apropiado profundizar en el estudio de la historia y de la identidad nacional rusa con todos los elementos que la componen, porque creemos que el hecho de que el siglo XXI sea realmente un siglo asiático, como muchos analistas vaticinan, va a depender, entre muchos otros factores, de cómo interpreten los rusos su identidad nacional y su propia misión en la historia, tan caracterizadas siempre por su mesianismo y religiosidad, tal como la describimos en esta primera parte del artículo.

Dejaremos para la segunda parte del artículo el análisis y desarrollo de las relaciones entre Rusia, Ucrania y Occidente en la Posguerra Fría, lo que nos llevará a conclusiones más determinantes sobre el futuro del conflicto, de los países contendientes y de sus consecuencias para el sistema internacional en lo que resta del siglo XXI.

Referencias

- Aron, R. (1973). *Un siglo de guerra total*. Buenos Aires: Editorial Rioplatense.
- Billington, J. (2011). *El ícono y el hacha. Una historia interpretativa de la cultura rusa*. Madrid: Siglo XXI.
- Carrère d'Encausse, H. (1982). *El expansionismo soviético*. Buenos Aires: El Cid Editor.
- Cil i Borés, J. (1853). La gran cuestión del oriente bajo el aspecto católico. *Revista El Mosaico*, 18/6/1853, 41-54.
- Donoso Cortés, J. (1834). *Consideraciones sobre la Diplomacia*. Madrid: Imprenta de don Miguel de Burgos.
- Dostoievski, F. (2010). *Diario de un escritor*. México: Páginas de Espuma.
- Duroselle, J. B. (1974). *Europa de 1815 a nuestros días. Vida política y relaciones internacionales*. Madrid: Editorial Labor.
- Figes, O. (2012). *Crimea. La primera gran guerra*. Buenos Aires: Edhasa.
- Granados, J. (2007). Ucrania: un Estado, dos civilizaciones. *UNISCI Discussion Papers*, N.º 14, 149-160.
- Hubeňak, F. (2011). *Rusia. Teoría y praxis del imperialismo* [tesis de doctorado en Historia, Universidad Nacional de Cuyo].

- Hutschenreuter, A. (2011). *La política exterior rusa después de la Guerra Fría. Humillación y reparación*. Buenos Aires: Areté Grupo Editor.
- Kissinger, H. (2001). *La Diplomacia*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Meyer, J. (2007). *Rusia y sus imperios*. Barcelona: Tusquets.
- Mires, F. (2005). *El orden del caos. Historia del fin del comunismo*. Buenos Aires: Libros de la Araucaria.
- Renouvin, P. (1998). *Historia de las Relaciones Internacionales (siglos XIX y XX)*. Madrid: Akal.
- Sáenz, A. (2011). *Rusia y su misión en la historia I: La historia y el alma de Rusia*. Buenos Aires: Gladius.
- Service, R. (2005). *Rusia, experimento con un pueblo*. Madrid: Siglo XXI.
- Service, R. (2010). *Historia de Rusia en el siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- Simon, G., 1990: Perestroika und die nationale Frage – Bricht die Sowjetunion auseinander? En: W. Lindner (Hrsg.). *Glasnost und Perestroika. Der Sozialismus im Wandel. Sozialwissenschaftliche Studien des Schweizerischen Instituts für Auslandsforschung* (Band 19, S. 71-92). Grösch: Rüegger.
- Soloviev, V. (2009). *La gran controversia. Oriente y Occidente*. Buenos Aires: Editorial Dunken.
- Zalduendo, E. (2005). *Las seis Rusias: sociedad, política y economía*. Buenos Aires: Educa.
- Zubok, V. (2008). *Un Imperio fallido. La Unión Soviética durante la Guerra Fría*. Barcelona: Editorial Crítica.